

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

VOCES DE ALIENTO

El poder del entusiasmo

El ilustre pensador norteamericano Orison Swett Marden, cuya hermosa obra, *Siempre adelante!* ha merecido tan honrosa acogida en su reciente traducción española, nos ha enviado por conducto del editor don Miguel Parera, para su publicación en LA VANGUARDIA, el siguiente artículo que suporemos no desagradará á nuestros lectores.

¡Qué de cosas no llevé á cabo el entusiasmo! A él debe la ingeniería sus mayores triunfos. Ha tendido puentes sobre los ríos, abierto túneles en las montañas, edificado ciudades, traspuesto los tiempos inaccesibles Alpes, establecido colegios, hospitales y asilos. El entusiasmo es la fuente original de todo invento. Tendió el cable trasatlántico después de treinta años de lucha con las dificultades y recientemente comenzó á transmitir radiogramas de uno á otro continente. El entusiasmo hizo rodar sobre los carriles la locomotora triunfante de energías críticas, y en nuestros días ha bendicho los aires con aeronaues veinticentistas. El entusiasmo transmutó en seneset la *locura* de Fulton en las aguas del Hudson, y no hace muchos años impelió sobre ellas el aeroplano de Curtis. El entusiasmo ha realizado empresas que el mundo diputaba por imposibles.

Nada es capaz de substituir al entusiasmo. En él estriba la diferencia entre el corazón apocado y el corazón entero, entre la derrota y la victoria.

¡Por qué suele un empleado triplicar y aun cuadruplicar la labor de otro empleado? No siempre está la diferencia en la aptitud sino en el esfuerzo, y sobre todo en la *indole* del esfuerzo. El empleado laborioso se aplica con ahínco á la obra y en ella enfoca todo su entusiasmo que acrecienta la cantidad é intensifica la calidad del resultado.

A menudo he oído decir á algunos empleados que por la mañana les amedrentaba el trabajo del día, que las horas tardaban mucho en pasar y que sólo estarían contentos una vez vencida la prueba. Estos empleados no tomaban con entusiasmo su labor.

No espera triunfar en la vida quien vea una penosa prueba en el trabajo del día, que emprende como un esclavo sujeto á su tarea.

El jefe de un establecimiento aprecia á sus dependientes según la disposición de ánimo con que cumplen su labor. El dependiente que trabaja de mala gana ó mira el trabajo como un castigo y en cuanto hace demuestra su deseo de estar en otra parte, ocupado en cosas más de su gusto, no podrá congraciarse con su jefe. Para ello es preciso que el dependiente tome cariño á su trabajo y lo ame y de él se enorgullezca. Nada muestra tanto á un jefe como ver en torno suyo gentes que trabajan sin entusiasmo ni ahínco, indiferentes y cual si el trabajo fuese un mal repugnante que por necesidad ha de hacerse para vivir.

Pero el empleado que emprende su labor con energía, resolución y entusiasmo inspira á su jefe la confianza de que no sólo hará sino que hará bien cuanto se le encomiende. En cambio, si el empleado repugna el trabajo y lo considera como pesada carga de su existencia, le tendrá el jefe por incapaz de hacer cosa alguna de importancia.

Por muy potente que sea la locomotora y por inmejorablemente construída que esté, no podrá arrastrar el tren ni un centímetro sobre carriles mientras no alcance 212° la temperatura del agua. No basta que esté caliente ni siquiera en los cien grados.

Por talento y educación que un hombre tenga de nada le servirán sin el vapor del entusiasmo que acciona eficazmente la locomotora humana y da efectividad á la vida. El hombre entusiasta con fuego y hielos en su sangre y ardor en su cerebro realiza obras que conmueven al mundo; pero el joven apocado, vacilante, sin ideal, se ve arrastrado por la corriente y combatido por las olas del mar de la vida.

Siempre ha progresado el mundo á impulsos del entusiasmo que reduplica las fuerzas de un hombre y eleva su capacidad al más alto grado.

Es el entusiasmo un gran comerciante, y tan contagioso que antes de conocerle va nos afecta, por muchas precauciones que tomemos contra su influencia.

Si ponéis el corazón en vuestra obra es fácil que el cliente con quien tratáis eche en olvido que en aquel momento estáis haciendo una venta.

Tan difícil como deshalar un carámbano con un sorbete os será interesar al parroquiano en vuestra oferta si antes no estáis vosotros interesados en ella.

Conozco comisionistas que cuando están con el ánimo apocado apenas si recaban un pedido; pero hay días que vencen cuantos obstáculos se les interponen porque están inflamados de vivísimo entusiasmo. **Todo les parece brillante y de esperanza**

henchido y tonifica su ánimo; pero en cuanto se descorazonan un poco se desvanecen su entusiasmo y no son capaces de cumplir labor alguna.

Só de personas que obran maravillas cuando su entusiasmo arde. Entonces tienen magníficas ideas y llevan á cabo valiosos hechos; pero por poco que su entusiasmo se enriea quedan impotentes para toda obra de empeño y han de esperar á que se renueve el infujo. Un día están dispuestos á tocar el cielo con las manos y al siguiente los veis alicaídos y pesimistas sin fuerzas para nada hasta que llega nueva provisión de energía.

Gran cosa es mantener el entusiasmo en medio de las contrariedades; pero, por difícil que parezca, todos lo podemos conseguir. Basta para ello el dominar regularmente el pensamiento, pues en nuestro albedrío está deshechar de la mente los de temor, desaliento, enfermedad y discordia. Nada tan contrario y nocivo al mantenimiento del entusiasmo y al desmayo de nuestras fuerzas como los pensamientos de siniestra y destructora índole. Podemos establecer á fuerza de voluntad la disposición de nuestro ánimo y el mejor medio de disipar las nieblas es bañar la mente en la luz del sol.

ORISON SWETT MARDEN

Cotidianas

Viles plumas, Gasas y cintas, flores y penachos Te trae en cambio de la sangre tuya; De tu sangre ¡oh baldón y acoso, acoso De tu virtud y honestidad. Repara. Cual la liviana juventud los busca. Mira cual va con ellos engreída La impudente doncella; su cabeza Cual nave real en triunfo empavesada, Vana presenta del favorito el soplo. La mía de plumas y de airones, y anda Loca, buscando en la lisonga el premio De su indiscreto afán...

Todo lo agotan; cuesta un sombrero Lo que antes un estado, y se consume En un festín la dote de una infanta; Todo lo tragan; la riqueza unida Va á la indigencia; pide y perdiosa. El noble, en gaña, empena, malbarata, Quebra y perece, y el logrero goza. Los pingües patrimonios, premio un día Del generoso afán de alicós abuelos...

Hemos creído oportuno sacar á colación este fragmento de la primera epístola de Jovellanos á Arnesio tan sólo para recordar que en otro tiempo ha habido exdandados y que si á Jovellanos se le oyó como quien oye flouer, apenas si hoy, en que no hay Jovellanos se oírta como quien oye flouvar; á los que fustiguen el modo de vestir de la generalidad del mujerío elegante.

En suma, todo se corresponde, y es natural que vayamos de mal en peor. Queremos suponer que la *sútra* de Jovellanos se refería á casos excepcionales, cuando en nuestros días es lo corriente y moliente. De nada serviría fulminar maldiciones y descargar latigazos, como no fuese para reírse del moralista. No hay más que encogerse de hombros y dejar que rueda la bola.

Y es inútil todo para oponerme á la corriente. Cuñase que Masillon predicó una vez un juribundo sermón contra los lunares ficticios, y el resultado *qué* que las señoras y señorialas que no se las habían puesto se apresuraron á embellecerse con aquellos aditamentos. *Sigan, pues, las plumas, los penachos y los airones.*

CUALQUIERA

El teatro en Madrid

Una "Memoria" de Pérez Galdós.—Los clásicos.—Los noveles.—El cinematógrafo. Los pícaros periodistas.—El negocio y el arte.

Transformados en cinematógrafos ó en albergue de cupletistas y excéntricos los mejores teatros de Madrid, poco interesante pudiera decir hoy acerca de ellos al amable lector. De ahí que opte por dar preferencia en estos momentos á otras temas igualmente de actualidad y de mucha mayor importancia para el desenvolvimiento y progreso del arte dramático en nuestro país.

La Memoria presentada por don Benito Pérez Galdós al Ayuntamiento madrileño merecería largo comentario. Los periódicos de Madrid—fuera de *El Liberal*, que la publicó—no le han dedicado la más leve atención todavía, pero yo tengo la esperanza de que al fin habrá de ser discutida y comentada cuanto es necesario. Algo más importante me parece este asunto que los fenomenales triunfos taurinos de Belmonte, las menudencias de la política de campanario (que nuevamente nos amenaza, trayendo á nuestras costumbres gubernamentales un retroceso de cincuenta años) y los numerosos crímenes interprovinciales caprichosamente atribuidos al preunto asesino del señor Jalón. Es triste ver como la prensa diaria reserva int-gras sus columnas á torerías, politiquerías é informaciones morbosas de sucesos macabros, mientras escatima y regatea el espacio para todas las cuestiones de arte, de pedagogía y de intelectualidad en general. LA VANGUARDIA, honrosa ex-

cepción de la regla, concede siempre á sus colaboradores amplia hospitalidad para estudiar y analizar los asuntos de orden artístico y educativo. A este hospitalario periódico me acjo para intentar la exégesis del interesante documento presentado por el maestro Galdós al Municipio, propietario del Teatro Español.

No se dirá que don Benito es poco pedigüño en su instancia ó memoria. Toda él limitáase á solicitar del Ayuntamiento la liberación de cuantas trabas hoy existen para el concesionario, la ejecución de obras materiales en el local, y hasta la autorización oportuna para dar sesiones cinematográficas. Lo que el señor Pérez Galdós no añade es la cantidad que la empresa ofrece por obtener estas nuevas ventajas. Desprende del empresario simplemente la aspiración de obtener ganancias sin obligarse á nada con que agradeciera. De planes artísticos para lo porvenir, el insigne director del Español nada nos anticipa. Su documento cae dentro del orden económico nada más. Se diría que no era el firmante el director del teatro, sino el abogado defensor de la empresa ante el tribunal de los concejales. Hubiera pedido Galdós nuevas otorgaciones de me ced desde los puntos de vista del arte y nadie tendría nada que oponerle. Solicitara, por ejemplo, que los clásicos universales no fueran excluidos del repertorio de nuestro coliseo municipal y todos le acompañaríamos en tal demanda. El escenario del Español podrá estar cerrado para los autores franceses ó italianos del día, pongo por ejemplo, y en buena hora lo esté.

Ni estos, ni las medianías de otras épocas deb'n tener acceso al glorioso tablado que vio á María Ladvenant interpretar las herminas de Calderón. Es un proteccionismo natural y lógico el extrañamiento de la mediocridad exótica, la cual pudiere oponer ruinosa competencia á los aurenacionales. Pero ¿cómo se puede destruir del Español, ni de escenario alguno, á los trágicos griegos, á Shakespeare y a Noli re, á Gothe é Ibsen?

Otra petición atendible sería la de importar compañías extranjeras durante la temporada primavera. Lejos de suponer estorsión para nuestro arte patrio, serviría de difusión cosmopolita y de enseñanza para el público. Aportaría á nuestros escenarios el elemento de la diversidad. Hay buenos recuerdos y testimonios de ello.

Ninguno de estos auxilios de índole artística ruega Pérez Galdós que el Ayuntamiento facilite á la empresa. La tendencia general del nuevo documento galdosiano es, en resumen, á que el Español quede en las mismas condiciones de otro teatro cualquiera, para vivir con las obras nuevas de los dramaturgos de cartel. Muy extraña estarían estas pretensiones cuando la explotación del coliseo se adjudicara al mejor postor. Pero no es este el caso, ni con mucho. El señor Pérez Galdós parece no recordar que el Español, no ya se cede gratis al concesionario sino con subvención además. Los otros teatros gastan mucho en pagar el alquiler de la finca; doce mil duros anuales satisface Tirso Escudero por el arriendo de la Comedia. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza tuvieron que procurarse teatro propio y compraron en 65 mil duros el de la Princesa. Como la subvención municipal asciende á 15 mil pesetas anuales, el regalo del Ayuntamiento al empresario puede calcularse, sin exageración en unos 15 mil duros al año. Es natural que, á cambio de esta merced, se le exija ciertas garantías y se le imponga determinadas obligaciones. Lo contrario equivaldría á matar á los demás teatros con una competencia invencible, en vez de estimularlos con una noble rivalidad.

Si las donaciones que se le hacen al arrendatario no responden á tener la seguridad de que nuestro glorioso repertorio de otras épocas no dejará de ser representado, yo no sé á qué obedecen. De ahí mi extrañeza al ver como Galdós pide lisa y llanamente que se le abuseva de poner en escena dos comedias clásicas y una interpretada en los últimos veinte años. Pídase la modificación de esta cláusula, mas no su supresión, como Galdós indica; pues, de suprimirla, el espíritu de justicia reclamaría sacar el Teatro á concurso nuevamente. ¿No podría resolverse de un modo definitivo este asunto, señalando un día clásico por semana?

En el terreno de lo absoluto, nuestro exceso don Benito está acertado, indudablemente, si el aplicar la desaparición de la cláusula que obliga á estrenar en cada temporada tres obras de autor novel. Pero bueno será traer á la memoria que esta obligación, la de los tres autores no veles, la que *graciosa* con *mayor pesadumbre sobre la empresa*—son de Galdós estas palabras—ni el Ayuntamiento, ni nadie se la impuso al doctor Mdrago, sino que fué él mismo quien espontánea y gustosamente se comprometió á este atadero. Así, después de aceptar el contrato, por su propia voluntad amplió su proposición, brindándose, entre otras cosas, á *estrenar, como mínimum, en cada temporada de los cinco años, tres obras de autores noveles*. Pero ¿cómo ha de sorprendernos esto, si el doctor Mdrago, con adorable ingeniu-

dad, reveladora de su total desconocimiento del mundo teatral, añadió también en su proposición estas fantásticas palabras: *Ofrezco contratar un brillante conjunto de actores y actrices, y entre ellos siete ó ocho de los más preclaros*! ¿Ea que puede tomarse en serio que la Moreno y Fuentes ó la Moreno y Tallavi equivalen á siete ó ocho actores de los más preclaros de España?

En resumen; para obtener un teatro, el peticionario se obliga á cosas de evidente imposibilidad de cumplir y, una vez obtenido, acude con el ruego de ser abuelto de todos aquellos compromisos contractados voluntariamente, y aun innecesariamente también.

Pero todavía formula otras peticiones el admirable autor de *El abuelo*. Para la empresa, desea que sea autorizada hasta á montar el cinematógrafo, si lo cree necesario. Y, para él mismo, que se suprima lo de los tres noveles para no tener que darse el mal rato de leer tantas comedias malas. He aquí la forma en que Galdós se expresa: «Todos los afanes y devesos que aquí soportamos, incluso las desventajas entre el personal histriónico y las cuestiones con el municipio, nos parecerían flores si no existieran juntas á estas inquietudes los afrejos del continuo y fatigoso leer de manuscritos con la responsabilidad de elegir tres que merezcan los honores de la escena.» (Qué simpático infantilismo el de esta confesión! Lo más molesto para Pérez Galdós en la Dirección del Español es, vulgarmente dicho, tener que leer tantas tonterías. Pero ¿cómo admitir los dramas sin leerlos, querido don Benito? ¿Y cómo negarse á dar lectura, por miedo á que sea malo, de lo que puede ser excelente? ¿Y en quién sino en el Director del Teatro han de recaer estas fatigas y responsabilidades?)

Ya queda resumido cuanto Galdós en su flamante documento expone, dejando sin comentario las alabanzas exageradas á obras y autores de la temporada anterior, y prescindiendo también de ciertos arañazos á la crítica periodística, de la cual afirma don Benito, con su divino candor de siempre, que *perjudica grandemente* á las obras cuando es adversa, y *las beneficia muy ligeramente* cuando es favorable. ¿Habrá más paladino reconocimiento de que la prensa es excesivamente benévola, y el público está convencido de que suele ser más justa cuando ataca que cuando ensalza? Pero claro es que en esos aspectos,—el de la bondad de cuanto en el Español se representó durante la última temporada y cómo, y el de la incompetencia é injusticia de los críticos periodistas cuando no lo ponderan todo á gusto de la empresa,—las afirmaciones de Galdós en esta ocasión son perfectamente recusables, porque, por mucho respeto que su personalidad literaria nos merezca, no ha de olvidarse que se trata de un asunto financiero—como lo es toda empresa teatral, en cierto modo—y en el cual tiene nuestro insigne don Benito esta vez un interés directo é innegable.

No, don Benito, por mucho que yo le quiera y le respete á usted—tengole por nuestro primer dramaturgo, como por nuestro primer novelista, y mil veces lo digo—no puedo estar conforme en atribuir la vida miserable y estéril del teatro Español en la actualidad á las causas que usted indica, sino á otras muy diferentes, como son los malos conjuntos de compañía, el fracaso artístico personal de la directora Moreno, la flojeza de las obras nuevas (cuerdo todos sabemos que los noveles pudieron haber sido Baroja, Maetzu, Unamuno, Azorin y otros tales), y la pobreza en el aparato escénico, y lo sucio y viejo del teatro, donde las obras materiales de reforma no debe ejeicitarse el Ayuntamiento, como usted solicita, sino el concesionario, como el contrato en su base 5.ª establece. Se atende al negocio, y no al arte. Y se empieza por no revelar á usted mismo de aquella autoridad única é incontrovertible, que usted merece y todos desearíamos.

¿Para qué exigir que el director sea una figura literaria de primer orden, si el contrato no fija cuales son sus atribuciones y responsabilidades, por lo cual puede estar sencillamente á merced de la voluntad de un empresario inepto ó codicioso? La falta de un ideal de arte en la actual empresa del Español se refleja bien claramente en este nuevo documento de Pérez Galdós, donde hay tantas peticiones y lamentaciones de índole económica, sin ninguna promesa, ni iniciativa en el orden artístico.

CARAMONHEL

DESDE LOURDES

La peregrinación catalana

Escribo desde un hotel de Soubrons Frères y no digo más, aunque debiera añadir que estos Soubrons tienen no uno solo, sino dos hoteles y buenos... con su correspondiente puesto de venta de tarjetas y demás objetos pidosos.

Hay que ver y habitar estos hoteles para comprender la importancia de la atracción religiosa que ejerce esta benditísima Peña d'Omón, pues en un ciudad que apenas tiene 7000 ansos se encuentran siete establecimientos de primera clase y realmente de primera clase así y en cualquier parte, en cuanto á